

Lucía Richard

## El rescate



MEDIDA que el tren se acercaba a la ciudad, los recuerdos de Anselmo se intensificaban y se perdían en reminiscencias y en ensueños. Se veía como hacía veinte años en esa tarde ignominiosa, en que tuvo que dejar la gran casa de su infancia. Recordaba la angustia punzante que lo hirió en ese día y el juramento que se había hecho de volver a ella cuando fuera grande y rescatarla, costara lo que costara. Todo sucedió esa tarde como suceden los acontecimientos en los malos sueños, en que las cosas cambian de forma y se suceden los personajes, en un desdoblamiento de los seres que actúan al final, siempre para peor.

Recordaba que fueron sacando, uno a uno los muebles, desarmados e inconocibles los roperos, apiladas las sillas una sobre otras hasta llenar con ellas el carro enorme que esperaba a la puerta.

Anselmo miraba mohino sin comprender.. Había crecido en el respeto hacia esos muebles, cuántas veces la voz maternal había caído sobre él reprendiéndolo porque no les daba el cuidado debido; cuántas temblaba al rozar las porcelanas chinas, cuando cabriolaba con su fusil al hombro en busca del enemigo; o cuando topaba con su pelota las lámparas que se bamboleaban amenazantes.

Y ahora, sin ningún respeto, tomados por manos groseras y sucias, manos que seguramente no se habrían lavado en mu-

chos días, esos muebles eran forzados a apilarse con riesgo de romperse en las entrañas del vagón. El vecindario curioso se iba con malicia, o al menos le parecía a él. Esos muebles que bien colocados en un sitio y limpios se veían hermosos, allí expuestos a la expectación pública, eran vergonzosamente feos. Por ejemplo, el sofá macizo y grande que noche a noche servía de buque en que navegaban los hermanos (en un mar tan proceloso que pronto uno caía al suelo, ahogándose sin remedio) descubría ahora por el revés, un parche grosero.

Las lámparas que se veían tan hermosas con sus luces brillantes; tan solenes las del salón, y la del escritorio tan divertida con esos flequillos en donde se paraban las moscas; y ese globo que era el verdadero cementerio de las mariposas de luz, revoloteaban tontamente alrededor de él y por la abertura superior iban cayendo, una a una, hasta morir todas chamuscadas. Ahora esas lámparas eran tan inconocibles ahí amontonadas con sus cadenas sueltas, como buques viejos, que no se creería que eran lámparas. Y para ese resultado él y sus hermanos habían pasado cada vez con tanto cuidado cuando desfilaban con sus fusiles en alto.

Una amarga pena le despedazaba al contemplar todo aquello y sin embargo, no quería pensar en lo peor: la pérdida de la casa.

A veces la idea quería venirle y la desechara, pero volvía con majadería y entonces se decía:

—Los hombres no deben apenarse por estas cosas... la casa nos queda grande y está lejos...

Pero no conseguía engañarse.

Se levantó lentamente del sitio desde donde contemplaba la mudanza y empezó a recorrer como sonámbulo las piezas medio vacías. Aquí fué donde lo aislaron cuando tuvo la peste; en la otra murió la abuelita, ese día en que a pesar de ser tan pequeños, nadie se acordó de ellos y todo era confusión y caras pálidas, hasta que en la tarde los llevaron a contemplarla por

última vez y la hermana mayor les dijo al oído: hay que llorar... Recordaba Anselmo todo perfectamente y como al fin él había hecho pucheros cuando su hermana lanzó un rotundo y sonoro sollozo...

Después entró al sótano, ahora menos revuelto que antes. Pensar que dejarían la casa y no había aún descubierto la puerta secreta que seguramente llevaría a otras partes, como en todos los sótanos de los cuentos. ¡Cómo se reprochaba ahora que era tarde, no haber encontrado esa puerta!

Aun tenía que visitar el entretecho, en donde una vez se escondió desesperado cuando lo perseguían para darle una medicina repugnante.

Esta visita era peligrosa y difícil, casi imposible en tiempos normales en que los numerosos sirvientes vivían espiándolos; pero ahora, quizás fuera más fácil, aunque la ausencia de los hermanos, enviados temprano a la nueva casa, dificultaba la maniobra. Tuvo que quedarse agazapado hasta que todos los muebles del piso alto fueron retirados; entonces, con mucho tiempo desarrolló la cuerda que mantenía la escala pendiente del techo y sujeta ésta por sus resortes, descendió poco a poco hasta quedar extendida a los pies de Anselmo. Silenciosamente ascendió sujeto de pies y manos, porque carecía de baranda y llegó al piso superior. Nunca lo había hecho solo, y en contadas ocasiones, de la mano de su padre, entre los gritos medrosos de sus tías que decían: ¡este niño se va a matar!

Porque lo excitante era que arriba no había entablado y tenían que andar a saltos sobre los travesaños y las vigas. Así lo hacía Anselmo ahora, poniendo aún mayor cuidado que antes. Un murciélago batió torpemente sus alas negras y el niño creyó desfallecer; luego, otros y otros salieron asustados de sus escondites, revoloteando alrededor de Anselmo, que preso de pánico, sólo atinó a descender.

Repuesto del susto pensó que le quedaba tanto por recorrer: vigilar si no habían destruido el puente recién hecho por

ellos en la acequia grande; ver si las ramas verdes del sauce habían crecido como para que sirvieran de columpio, ya que hasta la semana pasada sólo servían para que las hermanas hicieran guirnaldas, cosa a su juicio, perfectamente inútil y pronto olvidada. Mirar si las cerezas comenzaban a colorear; ¡si solamente pudiera llevarse algunas y hacerlas madurar a la fuerza! Recordó también que sus hermanas habían hecho una loción macerando azahares y otras flores y mezclándolas con alcohol, todo lo cual se había enterrado en un rincón del huerto, porque así debía ser, por espacio de cuatro lunas. Quizá las aturdidas por acordarse de sus muñecas habían olvidado el tesoro. Pero no, la tierra estaba removida y los frascos habían desaparecido. Menos mal. Pero quedaba todavía por ver ese rosal que había detrás de la cocina, ese rosal que gracias a que crecía silvestre había tomado tanto vuelo que parecía un árbol o una casa. Contempló en silencio cómo las arañas seguían su labor de costumbre y habían atrapado un insecto. Un nido se mecía en lo alto de la copa, el niño abrió mucho los ojos, se empinó y estiró la mano, no fuera cosa que quedara un huevo abandonado. En efecto, encontró un minúsculo huevecillo azul que envolvió cuidadosamente en hojas del mismo rosal y se lo metió en el bolsillo.

Cuando estaba en esto sucedió la cosa horrenda: llegaron los caballeros enlutados que ya habían visitado la propiedad, hablaron con su madre y recibieron de sus manos un manojito de llaves.

Entonces se oyó la voz nerviosa de ella que lo llamaba. Anselmo acudió con prontitud, porque comprendía cuánto sufría también; sin decir nada lo tomó de la mano y abandonaron precipitadamente la casa, sin despedirse.

Los otros se quedaron dentro y ellos se marcharon en silencio, tomando en dirección a la casa nueva y ninguno de los dos, siquiera dió vuelta la cabeza...

Ahora Anselmo miraba ansiosamente por la ventanilla del tren. Estaba orgulloso y fiero; se sentía triunfante y venía a realizar el sueño de su vida. Con el rostro pegado al vidrio veía huir el paisaje, pero no le prestaba atención. Recordaba cómo había sido su vida a partir de aquel episodio de su infancia. Sus hermanas, que eran mayores, se adaptaron con alegría a las condiciones de la nueva casa, pero él permanecía fiel añorando los días pasados en aquel recinto familiar; recordando con intensa melancolía cada rincón, cada árbol, cada armario de la vieja casona. Tanta era su reminiscencia dolorosa que llegó a enfermar y un extraño rencor fué creciendo en su pecho contra todo cuanto le rodeaba. En sus delirios y en sus desvelos fué alimentando la resolución ya tomada, de que algún día rescataría la propiedad. Después, nunca había perdido la antigua nostalgia que era como su motivo secreto y la vieja casona fué creciendo en su imaginación y volviéndose cada vez más fantástica y más maravillosa.

Terminados sus estudios trabajó incansablemente y logró juntar una fortuna y ahora volvía con su antiguo secreto más punzante que nunca, dispuesto a hacer lo necesario para realizar sus deseos.

No eran sólo las paredes—se venía diciendo—el estilo, el jardín que en otra parte hubieran podido copiar para él: era ese encanto, era la infancia misma de Anselmo, la esencia indefinible del hogar lo que inconscientemente quería reconstituir.

Pero el tiempo había fluído para él como para los demás... Sus padres descansaban en el cementerio y sus hermanos se habían dispersado... Descendió en la estación, que le pareció fría y triste, y se dirigió a un hotel. La noche la pasó en un semi-desvelo agitado y la primera diligencia al día siguiente fué dirigirse a la vieja calle, para ver si aun existía la casa. El corazón se le alborotaba de emoción. Descendió del vehículo un poco antes del lugar preciso y, paso a paso, se llegó hasta ella.

Allí estaba la vieja casa, ella misma, pero rodeada de ca-

lles nuevas, que la ceñían por todas partes haciéndola aparecer demasiado grande y encumbrada para el sitio que le quedaba. Aun las enredaderas, blanca la una, lila la otra, trepaban por los balcones; como los rostros envejecidos habíase tornado obscura y algunas grietas, mal remendadas, afeaban su fachada.

Los postigos estaban cerrados y parecía inhabitada. Tocó nerviosamente la campanilla y esperó.

Aun no sabía bien que pensaba hacer, pero de pronto le entró un deseo incontenible de visitarla. Al cabo de un rato apareció un viejo cuidador, porque la casa efectivamente estaba deshabitada.

El viejo era charlador y aunque decía no estar autorizado para ello, cuando supo las intenciones de Anselmo, charlando, charlando lo introdujo en su interior.

El asombro del joven era inmenso y al pasar de una pieza a otra se quedaba detenido en el umbral, como embobado.

No, no era aquello lo que él dejó. Ni el salón era tan grande, como lo recordaba; ni la escalera, por cuya baranda tantas veces descendiera a horcajadas, era tan empinada como creyera. Eran otros los adornos en las habitaciones, otros muebles, otras resonancias, otro olor.

Sí, esto particularmente le chocaba, otro olor. El dormitorio de sus padres no tenía ese perfume a fresca agua de colonia que antes tuviera, ni el repostero olía a dulces caseros, ni el comedor a frutas del huerto y a manzanas guardadas. Un olor a humedad, a cuarto cerrado hacía retroceder a Anselmo empujándolo materialmente hacia atrás.

Por una ventana miró al jardín. ¡Cuánta destrucción allí! Habían limitado el sitio y allí desde donde, cuando era niño, al saltar de la cama, podía divisar el enorme pino y las higueras y el parrón, veía ahora otras casas que se amontonaban unas al lado de las otras, en un exiguo terreno.

Cerró tristemente la ventana, recompensó al viejo que lo

miraba sin comprender y se alejó de la casa, sin averiguar nada sobre ella. ¿Para qué?

Nada podría devolverle aquello que quedaría enterrado para siempre en su corazón. Y una rabia violenta se apoderó de él, enojo por haber tenido la ilusión de rescatar aquello que no podía tener rescate; desesperación por los años perdidos en formar una fortuna que ya no le servía para nada.

Calle abajo se alejó para siempre de la casa abandonada y como aquella vez, ni siquiera dió vueltas la cabeza.